

nen ya padrino! ¿Eh? ¡Que esas dos bodas tienen ya padrino! ¡El tío Cayetano!

Aplausos.

DON SEGISMUNDO. ¡Cayetano! Lo abraza.

DOÑA ELVIRA. ¡Querido Cayetano! Lo abraza también. ¡El de siempre! ¡el de siempre!...

Extraordinaria alegría. La madre y las hijas se deshacen las caras á besos y los cuerpos á abrazos, chillando de dicha, y los caballeros se abrazan jovialmente. Pepín no se da cuenta de lo que le ocurre. Emilio Vázquez abre los brazos de cuando en cuando á ver si alguien cae en ellos, porque se considera en ridículo sin abrazar á nadie.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

Jardincillo de una casita de recreo en un pueblo cercano á Madrid, en la Sierra. La casa está á la izquierda del actor. Una verja de madera, pintada de verde, limita por el foro el jardín, cuya entrada se supone á la derecha. Al fondo, á lo lejos, montes y pinares. Mecedoras de rejilla y butacas de mimbre. Un velador de hierro. Es á la caída de la tarde, en el mes de Agosto.

DOÑA ELVIRA, sentada en una butaca, cose. MARÍN aparece tras la verja del foro, y la llama.

MARÍN. Sch... sch... ¡Doña Elvira!

DOÑA ELVIRA. Sin ver á quien la llama. ¿Quién?

MARÍN. ¡Doña Elvira! Aquí: en la verja.

DOÑA ELVIRA. Viendo á Marín y levantándose alborozada. ¡Marín! ¡Querido Marín! ¡Qué sorpresa tan agradable!

MARÍN. ¿Dónde está la entrada?

DOÑA ELVIRA. Ahí abajo: á la vuelta.

MARÍN. Pues en seguida voy. Desaparece hacia la derecha.

DOÑA ELVIRA. ¡Cuánto me alegro! Llamando á su colaborador. ¡Segis! ¡Segis! ¡Mundito!

De la casa sale DON SEGISMUNDO en traje de campo.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué quieres, Elvira?

DOÑA ELVIRA. ¿Sabes? Marín está ahí: ahora va á entrar á vernos.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

DOÑA ELVIRA. ¡Consecuencias de la postalita de Marucha! ¡Qué talento tienes!

DON SEGISMUNDO. Saliendo con los brazos abiertos al encuentro de Marín, que asoma por la derecha. ¡Entre usted, perdido, entre usted; que no hay perro!

MARÍN. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué tal, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. Bien, ¿y usted, querido Marín?

MARÍN. ¡Como nuevo estoy! ¿Y usted, mi buena doña Elvira? Ya la veo tan simpática como siempre.

DOÑA ELVIRA. Gracias; muchas gracias.

DON SEGISMUNDO. Ofreciéndole una butaca. Siéntese usted.

MARÍN. ¡Lo que me ha costado dar con la casa!

Se sientan los tres.

DON SEGISMUNDO. Pero ¡qué bien se ha puesto! ¿Verdad, Elvira? Es otro, enteramente.

MARÍN. Dígaselo usted á ella. ¿Eh? Usted creyó que no lo contaba, cuando la recaída.

DOÑA ELVIRA. El que lo creyó fué usted, grandísimo aprensivo.

MARÍN. La verdad es que no podré olvidar nunca las atenciones que conmigo han tenido ustedes. Ni mi madre tampoco.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! La madre... la madre...

DOÑA ELVIRA. Pues á pesar de todo, tunante, confíeselo usted, si Marucha no le pone una postalita llamándolo al orden, aun estando esto á cuatro pasos de Madrid, se va usted á su tierra sin venir á vernos.

MARÍN. ¡Eso sí que no! Soy agradecido.

DON SEGISMUNDO. ¿Pero Marucha le ha puesto á usted una postal? ¡Diablo de chiquilla!

MARÍN. Sí, señor: insultándome. Bueno: como puede insultar Marucha.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Maruchita—ahora que no nos oye ninguna, y no se pueden encellar,— Maruchita es la perla de la casa.

MARÍN. Sí, señor, sí. ¿Y qué noticias hay de los recién casados?

DON SEGISMUNDO. ¡Mieles y rosas! ¿Cuáles ha de haber?

DOÑA ELVIRA. Para Estrella y Amalia, Pepín y Tomás son los mejores hombres del mundo; y para cada uno de ellos, su mujer es la reina de la tierra. ¡Hijas de mis amores! ¡Qué felices son!

MARÍN. ¿Y las otras, andan de paseo?

DON SEGISMUNDO. Sí; de paseo andan. ¡Lo que ellas van á sentir no ver á usted!

DOÑA ELVIRA. Ya se esperará un poco, á ver si vuelven.

MARÍN. ¡No que no! Es bonita la casa. Y el jardín es muy amplio.

DOÑA ELVIRA. La entrada, como usted habrá visto, es hermosísima. Ahí á la parte de atrás tenemos también algo de gallinero, un corralillo...

DON SEGISMUNDO. No nos faltan comodidades. Todo ello debido á la mano pródiga que nos favorece de continuo. Cayetano vió á Marucha delicadilla...

MARÍN. ¿Á Marucha?

DON SEGISMUNDO. Á Fifi; ha sido un *lapsus lingue*... Y se empeñó en tomarnos esta casita para que pasásemos en ella el mes de Agosto. Aquí hay montes, hay pinos, hay aires puros, buenos alimentos, buena leche... Á los ocho días se le conocía el cambio á la criatura.

MARÍN. ¿Y don Cayetano está aquí con ustedes?

DON SEGISMUNDO. Sí, señor: aquí está. Fué condición que yo le impuse para aceptar su obsequio: que había de disfrutar de la casita ocho ó diez días siquiera.

MARÍN. Leí en un periódico que lo habían nombrado presidente de no sé qué Centro...

DON SEGISMUNDO. De uno de estos Centros regionales de nueva creación. Ahora se entretiene en escribir el discurso de apertura. Muy bonito lo lleva.

MARÍN. ¿Se restableció fácilmente de aquel amago de congestión?

DOÑA ELVIRA. ¡En seguida! No tuvo importancia.

DON SEGISMUNDO. Algo de bilis... unos gases... Sin embargo, él anda preocupado. *En voz más baja.* Cuando usted lo vea, no se canse de ponderarle lo bien que lo halla, lo ágil y lo joven que lo encuentra... ¡Por desimpresionarlo!

MARÍN. Descuide usted: yo sé lo que se agradecen esas cosas.

DOÑA ELVIRA. ¿Y va usted á pasar aquí algunos días?

MARÍN. No, señora; he venido sólo por despedirme de ustedes. Me marchó esta noche en el último tren, y mañana saldré al fin para Asturias.

DON SEGISMUNDO. ¡Caramba!

DOÑA ELVIRA. ¡De verdad que lo siento! Pero es tan natural que sus padres tengan impaciencia por abrazarlo... Su madre sobre todo.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! La madre... la madre...

MARÍN. Yo no he querido parecer por allá hasta llevar cara de salud.

DOÑA ELVIRA. ¿Cenará usted con nosotros esta tarde?

DON SEGISMUNDO. ¡Ya lo creo! ¿Quién piensa en otra cosa?

MARÍN. Lo agradezco en el alma, pero...

DON SEGISMUNDO. Ese *pero* se lo guarda usted para merendar, como diría mi yerno Pepín, que es muy dado al chiste.

MARÍN. Es que en el tren me ha invitado un amigo.

DON SEGISMUNDO. ¡Pues que también venga ese muchacho!

MARÍN. No es un muchacho. Es un señor que tiene aquí á su mujer y á toda su familia...

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!... Dígale usted que lo hemos comprometido en tales términos que no le dejamos escapar.

DOÑA ELVIRA. ¿Quiere usted enviarle dos letras?

MARÍN. No, no hace falta: iré yo en persona. Ya lo convenceré. Porque, la verdad, me es más grato cenar en compañía de ustedes que en la suya.

DON SEGISMUNDO. Esa preferencia nos honra.

DOÑA ELVIRA. ¿Lo esperamos á usted, entonces?

MARÍN. Desde luego. Él vive aquí muy cerca. Me llego en un salto, cumplo con él y vuelvo en seguida.

DON SEGISMUNDO. ¡Ajajá! Pues hasta ahora.

MARÍN. Hasta ahora. Se marcha por donde salió.

Doña Elvira y don Segismundo lo saludan con la mano despidiéndose. Cuando se supone que ha salido ya del jardín, doña Elvira va á abrazar á su esposo, toda regocijada.

DOÑA ELVIRA. ¡Mundo! ¡Mundito!

DON SEGISMUNDO. Deteniéndola. Quieta.

DOÑA ELVIRA. ¿Cómo?

DON SEGISMUNDO. Quieta.

Pasa Marín por detrás de la verja del foro, hacia la izquierda, y saluda.

MARÍN. Hasta ahora.

DON SEGISMUNDO. Con extremada amabilidad. ¡Adiós!

DOÑA ELVIRA. ¡Adiós!

DON SEGISMUNDO. Ya puedes abrazarme, Elvira.

Se abrazan, en efecto.

DOÑA ELVIRA. No acabas de sorprenderme Mundo.

DON SEGISMUNDO. Pues estoy disgustado conmigo mismo. Decaigo, decaigo... Dos veces he que-

rido decir una frase sobre el amor de madre, y no se me ha ocurrido nada feliz. Decaigo, decaigo...

DOÑA ELVIRA. Calla, Mundo: ¿qué has de decaer? Nuestras hijas van casándose todas á gusto nuestro, y ¿á quién sino á ti se debe el milagro?

DON SEGISMUNDO. El chispazo de la inspiración habrá sido mío, Elvira; pero la musa has sido tú.

DOÑA ELVIRA. Enternecida. ¿Yo?

DON SEGISMUNDO. Tú. Y el ideal lleva camino de realizarse enteramente. ¡Lástima que el apellido Caín no se perpetúe!

DOÑA ELVIRA. Discretamente ruborosa. ¿Qué sabemos aún?...

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo?

DOÑA ELVIRA. Que aún no sabemos...

DON SEGISMUNDO. ¿Qué?

DOÑA ELVIRA. ¿Recuerdas lo que te indiqué hace unos días en tono de chanza? Pues acaso resulte verdad...

DON SEGISMUNDO. ¿Sí?

DOÑA ELVIRA. Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡En el nombre del Padre!

DOÑA ELVIRA. Nos ha rodeado tanta dicha en estos últimos meses... hemos suspirado tanto por la felicidad de nuestras hijas... que Dios tal vez haya querido otorgarnos un nuevo premio...

DON SEGISMUNDO. Mirando al cielo, humorísticamente. ¡Gracias, Señor de las alturas! ¡Pero estabas cumplido con nosotros!

DOÑA ELVIRA. ¿Qué dices? Bien venga lo que sea.

DON SEGISMUNDO. ¡Oh, sí! Bien venga.

DOÑA ELVIRA. Me voy á prepararle á Marín un plato muy dulce.

DON SEGISMUNDO. Pues yo, hasta mañana ya, no vuelvo á mis cuartillas.

DOÑA ELVIRA. ¿Á qué cuartillas? ¿Traduces aquí?

DON SEGISMUNDO. No. Aquí, creo. Te lo revelaré, ya que estamos de confiancias importantes, aun haciendo traición á mi temperamento, que ama la vida interna. Estoy escribiendo... el discurso que *está escribiendo* Cayetano.

DOÑA ELVIRA. ¿Ves? ¡Y hablas de decadencia!... ¡Cuando te digo que no acabas de sorprenderme!

DON SEGISMUNDO. Pues... ¿y tú á mí? La mira de un modo indescriptible. Ella se va por detrás de la casa, mirándolo á él con una sonrisa tan dulce como el plato que piensa prepararle á Marín. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien!... ¡Mucho, señor, mucho! ¡Ya saldrá, ya saldrá!... Pasea. Por detrás de la verja, de izquierda á derecha, atraviesa MARUCHA corriendo. Luego pasan ROSALÍA y FIFÍ. ¿Adónde irá esa golondrina? Ah, que también vienen las otras. Pero ¿y Alfredo? ¿No salió con ellas Alfredo?

MARUCHA. Presentándose alborozada por la derecha. No me lo digas, porque ya lo sé. Hemos encontrado á Marín. Va á cenar con nosotros. Alfredo se ha ido á acompañarlo para que no se pierda á la vuelta. ¿Y mamá? ¿Dónde está mamá?

DON SEGISMUNDO. Preparando un dulce para el convidado, precisamente.

MARUCHA. Allá voy yo á darle una idea. Se marcha por detrás de la casa.

DON SEGISMUNDO. Á FIFÍ, que llega muy cariacontecida con ROSALÍA. ¿Y á ti qué te sucede, Fifi? ¿Qué gestillo es ese de disgusto?

ROSALÍA. Que la viene siguiendo un pollito... y ya sabes tú lo que eso la enfada. ¡Como si fuera una vieja pilonga!

FIFÍ. ¡Pues no quiero, no quiero, ¡ea! no quiero!...

DON SEGISMUNDO. Mujer, pero si le has gustado al chico...

FIFÍ. ¡Pues no quiero!...

ROSALÍA. Es tonta de remate.

FIFÍ. ¡No quiero, no quiero!...

ROSALÍA. Pues eres tonta, aunque no quieras. Fíjate, papá; ahí viene él.

Fifi se vuelve de espaldas á la verja. El POLLITO pasa por el foro de izquierda á derecha, Don Segismundo y Rosalía lo observan. Nuestro hombre aparece de un color y se va de otro, porque no contaba con la expectación de la familia. Cuando ya no se le ve suelta la risa Rosalía.

DON SEGISMUNDO. No te burles, no. Tiene una apostura muy gallarda... Yo jamás he visto una quisquilla tan esbelta.

FIFÍ. Gimoteando. ¡Pues no quiero, no quiero!... ¡Todos se ríen de mí!... ¡No quiero, no quiero!... Entrase en la casa.

ROSALÍA. ¡Lo peor es que cada día está más tonta!

DON SEGISMUNDO. Puede que eso sea lo mejor.

ROSALÍA. Puede. Y ya ves que le salen partidos; porque ¡como es tan mona!... Pero no se le

acerca un muchacho que no se vaya haciéndole fu. ¡Jesús, qué chiquilla!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Dices perfectamente.

ROSALÍA. En Madrid, si ella pone un poco de gracia de su parte, entra en relaciones con aquel autor que llevó Alfredo.

DON SEGISMUNDO. Aquel autor tenía tanta gracia que era muy difícil hacerle ninguna. Sí. La verdad en su punto.

ROSALÍA. ¿Y el hijo del juez, que le presentó Alfredo la otra mañana? ¡Desesperado se fué el chico! Es incasable; incasable. Convéncete, papá.

DON SEGISMUNDO. ¿Incasable has dicho? ¿Incasable? Es palabra que no enseño en ningún idioma. Ni la traduzco; le tengo guerra declarada.

ROSALÍA. Pues lo que es en esta ocasión...

DON SEGISMUNDO. Ya saldrá, ya saldrá...

ROSALÍA. Mirándolo maliciosamente. ¿Que ya saldrá?... ¿Sabes que estoy atando cabos y que me figuro tus planes?

DON SEGISMUNDO. ¿Tú... mis planes?

ROSALÍA. Sí. Yo... tus planes. ¡Vaya!...

DON SEGISMUNDO. Sonriente. No lo dudo... No en balde eres mi hija... Me alegro, me alegro... Sabes que aprecio en lo que vale tu colaboración... Ya saldrá, ya saldrá... Sacando un libro del bolsillo. Vamos á mi banquito, á conversar un rato con mi buen amigo Platón.

Retírase por la derecha, ALFREDO llega precipitadamente por la izquierda del foro, y desde detrás de la verja habla con Rosalía.

ALFREDO. ¡Rosalía!

ROSALÍA. ¿Eh? ¿Quién? Dios le ampare, hermano.

ALFREDO. Óyeme una cosa.

ROSALÍA. Dios le ampare.

ALFREDO. Vamos, mujer...

ROSALÍA. Espere un momento: voy á ver si han quedado mendrugos. ¡Brígida! ¿hay mendrugos? Pues sabe usted que no hay mendrugos. Perdone usted por Dios.

ALFREDO. Hechizado. Bueno, y si no hay mendrugos, ¿no tiene usted un traguito de agua que darne, hermanita?

ROSALÍA. La contestación este otoño.

ALFREDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. Oye: ¿á qué venías tan sofocado? ¿Qué has hecho de Marín?

ALFREDO. Eso me traía. Su amigo se ha empeñado, ya que no cenar juntos, en que tomemos una cerveza los tres.

ROSALÍA. ¿Y no tienes dinero?

ALFREDO. ¡Guasona! Tengo un tesoro, que eres tú.

ROSALÍA. Á mí no me tienes.

ALFREDO. ¿No, verdad? La contestación este otoño.

ROSALÍA. ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO. En serio: di á tus padres que no se impacienten si tardamos: que Marín corre de mi cuenta. Estoy convenciéndolo para que pierda el tren.

ROSALÍA. ¿Ah, sí? Bien hecho.

ALFREDO. ¡Y que se quejen de mí tus hermanitas!

ROSALÍA. De ti no se queja aquí nadie más que yo.

ALFREDO. Ya te quejarás con razón. ¡Te voy á dar muy mala vida!

ROSALÍA. ¿Muy mala?

ALFREDO. Muy mala.

ROSALÍA. Acercándose más á la verja, con zalamería. ¿Muy mala, muy mala?... No será tanto, ¿eh?

ALFREDO. Suspirando. ¡Ay, Rosalía!

ROSALÍA. Mira; véte á tomar la cerveza.

ALFREDO. Es un buen consejo. Adiós.

ROSALÍA. Adiós. Se queda junto á la verja viéndolo irse.

ALFREDO. Dentro ya. Adiós.

ROSALÍA. Adiós. Le sopla un beso que pone en la palma de su mano izquierda. Después recoge graciosamente en el aire otro que se supone que le manda Alfredo; vacila entre llevárselo á la boca ó guardárselo, y al fin se lo guarda diciendo: Para postre. Máchase por detrás de la casa.

Sale de ella el Tío CAYETANO, bostezando y desperezándose, en faz de haber dormido una siesta de cuatro horas.

Tío CAYETANO. Pues, señor, no vuelvo á dormir más la siesta.

DON SEGISMUNDO. Desde dentro. ¡Hola!

Tío CAYETANO. ¿Eh?

DON SEGISMUNDO. ¡Ven con Dios, hombre, ven con Dios! Sale. ¿Qué decías?

Tío CAYETANO. Nada: que no vuelvo á dormir más la siesta. Me levanto de un humor de pe-  
rros... con mal sabor de boca... se me corta la *indigestión*... ¡Bah!

DON SEGISMUNDO. Á mí lo que me suele suceder es que se me paraliza el cerebro, y no puedo pensar en algunas horas.

Tío CAYETANO. Igual me pasa á mí. Ahora yo no puedo pensar nada, no te creas.

DON SEGISMUNDO. Me lo explico, me lo explico perfectamente... Pero á bien que aquí no hemos venido á pensar mucho, ¿verdad, Cayetano? sino á darle al cuerpo y al espíritu un poco de expansión.

Tío CAYETANO. Eso: un poco de expansión. Bostezando. ¡Aaaaah! Mientras más se duerme más se quiere dormir. Se sienta.

DON SEGISMUNDO. Yo lo que deploraría, querido, sería que te aburrieses.

Tío CAYETANO. ¡Quita allá!

DON SEGISMUNDO. Esta vida en familia, apartada, serena, que para mí tiene tan grato perfume, quizás á ti, espíritu inquieto, voluntad independiente, te resulte empalagosa, sosilla... ¿No?

Tío CAYETANO. ¡De ninguna manera! ¡Al revés! Pues si yo soy un hombre que... Yo... yo... Precisamente yo... Á mí dame tú... Claro que uno... uno... No siempre las cosas... ¿eh? no siempre... Porque yo... yo...

DON SEGISMUNDO. ¡Es claro! Te comprendo muy bien: no porque tú hayas permanecido célibe...

Tío CAYETANO. No, no; pero si eso de célibe... eso... eso es gana de murmurar que tienen algunos...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Hasta de